

SERMON

DEL BEATO GASPAR DE BONO.

(DE BORDOY.)

Vilior fiam plus quam factus sum, et ero humilis in oculis meis.

Me abatiré mas de lo que me he abatido, y seré humilde en mis ojos.

Lib. II. de los Reyes, c. 6. v. 22.

No extrañéis, señores, que habiendo plantado en la iglesia Francisco de Paula el ameno y frondoso jardin de su religion mínima, produzca esta frutos sazonados de virtud, que al paso que la hacen adelantar entre las otras majestuosamente, acreditan la destreza y cuidado del jardinero que la plantó. Es sin duda un efecto de la particular predileccion del Todopoderoso la santificacion de sus escogidos: pero así como los rayos del sol fertilizan en abundancia las tierras feraces y de buena labor, así no es de admirar que la gracia de Jesucristo se muestre triunfadora en los miembros que componen la gran familia de Francisco de Paula. Testigos son de esta verdad los Paternos, los Moreles, los Vedastos, los Barbudos, los Longobardis, y otros innumerables varones, cuya sabiduría y santidad, juntas con la observancia mas rigurosa de su instituto, les merecieron un lugar distinguido en los anales de la historia, y el aplauso universal de todo el orbe cristiano. Ello es, señores, que un campo todo de humildad no podia ménos de producir árboles tan altos y frondosos.

Con esta larga serie de personajes que pueden presentarse con pompa á la faz del universo, has confundido, ó Francisco, la maldita caterva de unos seres que haciendo gala de su impiedad, quieren borrar enteramente de nuestros corazones los

sentimientos de la augusta religion que profesamos, zahiriendo primeramente con sus lenguas maldicientes los venerables institutos que le sirven de apoyo y de adorno. Desgracia funesta para los impíos, y ominosa para la iglesia, que al mismo tiempo en que con invectivas maliciosas y anécdotas pueriles procuran denigrar los establecimientos mas útiles que han conocido los siglos, entónces la providencia del Eterno contrapone á sus pérfidos juicios infinitos ejemplares que confunden su mala fe, y realzan en gran manera la santidad de la religion en que vivimos. Yo apelo á vosotros, ó hijos del grande Paula, en cuya presencia tengo el honor de alabar á un cohermano vuestro, para que me digais, ¿ en qué tiempo habeis visto mas modelos de virtud en los claustros en donde habitais? no ha sido en el mismo en que erais mas cruelmente perseguidos? Entónces ¿ no habeis visto observada con rigor la disciplina de vuestras leyes? Los votos sagrados con que os ligasteis en vuestra profesion al pié de los altares ¿ no han sido entónces una mina productora de merecimientos y virtudes? Los capelos, los palios, las mitras ¿ cuándo han sido mejor sustentados? los púlpitos y confesonarios ¿ cuándo han sido mejor desempeñados? y cualquier ciencia ¿ cuándo mejor tratada? Vomite en hora buena el abismo monstruos que os aflijan; pues el consuelo que entónces experimentais es infinitamente superior á los pesares y disgustos que vuestros enemigos puedan causaros.

Conozcan, Dios mio, esta verdad esos hombres, no sé si diga perversos, que cubiertos con el velo hipócrita de celo por la pureza y adelantamientos de vuestra casa, se oponen abiertamente, ó por mejor decir, reprueban y condenan descaradamente por inútiles y perniciosos unos institutos que en todas sus partes llevan el sello de vuestra aprobacion. Pero ¿ qué censores, Dios mio? Unos hombres cuyas costumbres quizá escandalizan á todo el pueblo, ó cuyos nombres van empañados con los negros hálitos de la incredulidad. Unos hombres que clamorean continuamente humanidad, y son ellos los enemigos de la misma. Unos hombres que queriendo descargar al estado de gente inútil, se constituyen unos vagamundos y holgazanes, verdadera polilla y peste de la república. Pues sepan estos murmuradores eternos, que Dios es el que se ha valido de instrumentos débiles para establecer en los dominios de su iglesia santas y venerables sociedades, cuyos recintos son otros tantos augustos

santuarios en donde habita la Divinidad, para que las virtudes desterradas del mundo holgazan tuviesen un seguro asilo en donde refugiarse, y fuesen un muro y severa reprobacion de los impíos y libertinos. Esto es lo que les incomoda, y por lo mismo quisieran borrarlas enteramente de sobre la faz de la tierra. Pero mientras tanto que ellos blasfeman, ¿unos institutos de esta naturaleza los deberá abolir la iglesia? ¿no deben mirarse con respeto aun de los hombres mas perversos?

Perdonad, ó reverendos padres, si con esta corta y sencilla defensa que de vuestra justísima causa he hecho, he retardado un instante el nombrar el objeto de vuestros cariños, y cuyos cultos atestiguan la grata memoria que ha quedado en vosotros de sus virtudes, el incomparable y humilde Gaspar de Bono. Sí: este es el varon que vistiendo el hábito y capilla de Francisco de Paula, es la mas completa y acabada apología de cuantas á favor de las religiones se han hecho. Porque ¿quién se atreverá á zaherirlas, mientras se acuerde de un Gaspar de Bono?

Y vosotros, ó hijos del grande Paula, al pronunciar nombre tan agradable, ¿no sentís apoderarse de vuestros espíritus los mas gratos sentimientos de placer y devocion? ¡O dias felices! en que nuestros mayores pudieron besar las huellas que en nuestro suelo imprimian los pasos de este hombre extraordinario! O grata memoria! y ¿qué es lo que nos recuerdas en este dia? dia para nosotros de alegría y bienandanza; dia para la religion mínima de júbilo y satisfaccion; y dia para la iglesia militante de honor y triunfo. Sí: este es el dia que con su pompa y solemnidad nos conduce á los tiempos de nuestros mayores, para que observemos de cerca y admiremos juntamente al soldado mas fiel, al religioso mas observante, al superior mas celoso, al padre de los pobres, al anacoreta mas penitente, y por decirlo en breves y compendiosas palabras, al dechado y conjunto de todas las virtudes, el beato Gaspar de Bono.

Este es el santo, señores, del cual vengo á hablaros esta mañana. Yo creo que ya os habeis hecho cargo de que seria una empresa temeraria, si se quisiese en el corto tiempo que se concede á un panegírico, abarcar todo cuanto de Gaspar de Bono decirse puede. Á la verdad Gaspar de Bono tiene empresas grandes, acciones heróicas, resoluciones magnánimas, y toda su vida es un tejido de lo heróico y asombroso. Bajo de

este supuesto, excusadme de una larga y circunstanciada narracion de todos los pasos admirables de su portentosa vida. Y permitid que el punto de vista bajo del cual hemos de mirar ahora á Gaspar de Bono consista en su humillacion ante Dios, y en el empeño de este en exaltarle. Yo bien sé que mi tosco y grosero panegírico no satisfará á los oídos delicados que me escuchan. Pero no importa. Yo espero de la devocion de mis oyentes á Gaspar de Bono, que disimularán mis descuidos, á trueque de oír sus alabanzas. Esto me anima á pedir con confianza las luces y ayuda del Espíritu divino, de que tanto necesitamos. Implorémosla pues, y pongamos por intercesora á la gran reina de los ángeles María. *Ave Maria.*

Quando se contempla al héroe en medio de su brillante carrera, ó engolfado en sus mas heróicas acciones, entónces, herida la imaginacion de la fama y esplendor de tamaños hechos, queda suspensa y como arrebatada por un interior impulso, y le juzga digno y superior á todas las alabanzas y homenajes que le tributan los hombres. Á la verdad nuestra imaginacion que siempre se deja llevar de lo exterior y sensible, sin profundizar demasiado en el principio de do nace, forma fácilmente ideas de grandeza de Moises, por haber con su vara convertido una roca en perenne y cristalina fuente; de Elías por haber consumido las víctimas con fuego del cielo; de Josué por haber obedecido el mayor de los planetas al imperio de su voz; y de otros muchos cuyas acciones, acompañadas del ruido que causan, hacen formar desde luego un ventajoso concepto del héroe que las produce. Somos tan fáciles en conceder el título de héroe en medio del esplendor y brillantez, que no le rehusamos á un Alejandro y á un César, aunque en la realidad no hayan sido mas que verdaderos azotes de la humanidad. Con hechos extraordinarios nos cebamos, y do quiera que los encontremos, allí fijamos nuestra atencion, y los admiramos y aplaudimos. ¡Debilidad deplorable de nuestra naturaleza, y efecto funesto de la soberbia que nos domina!

Pero si en lugar de acciones ruidosas y extraordinarias, se propone el orador presentar á la vista de sus oyentes un largo catálogo de humillaciones, afrentas, injurias y ultrajes que recibió el santo de quien se propone hablar, sabe de cierto que para

incrédulos será materia de risa; para los gentiles de mofa; y para los tibios materia indiferente. Pero aquellos cuyo espíritu es de Jesucristo, y que pesan las cosas en la balanza del Evangelio, forman juicio muy diferente; y la acción mas humilde de un santo es para ellos materia de asombro y admiración. Desde que el Hijo del Eterno bajó á este mundo vestido con nuestra frágil naturaleza, y enseñó expresamente que no en la pompa y brillantez, sino en la humillación y abatimiento habían de buscar los hombres su gloria, quedó desvanecida la opinión de los hombres vanos, y se estableció por principio inconcuso, que la senda que conduce al verdadero honor es la práctica de las máximas del Evangelio. Así lo han entendido los mayores santos que ha tenido la iglesia, dejándose decir san Agustín, que en vano se pretenderá levantar el suntuoso edificio de la santidad, si no se empieza por la humildad que es su fundamento. Entiéndanlo esos hombres vanos, que agitados continuamente del espíritu de soberbia, se dejan alucinar de la pompa y ojarrasca de este mundo falaz y engañoso. Ello es, señores, que el que no tiene el espíritu de Jesucristo, este no puede ser suyo: y el espíritu del Salvador es de humillación y abatimiento.

Con estas sublimes lecciones del Crucificado quedó Gaspar de Bono íntimamente convencido de que la única senda que había de seguir para la santificación de su espíritu era la gloriosa carrera del desprecio y humillación. Altamente impresa en su corazón la imagen del Redentor divino, que por nuestro bien se anonadó hasta tomar la forma de esclavo, según la expresión de san Pablo, solamente procura hacerse por este camino parecido totalmente al divino original. Para Gaspar de Bono ya desde su infancia es veneno el aplauso y admiración de los hombres. Por eso si se le honra, huye; si se le confieren empleos, los renuncia; si cargos, no los admite; si le alaban, se sonroja; y si le desprecian, se alegra. Verdad es esta tan autenticada en la historia de su vida, que solo basta abrirla, para quedar de ello convencido.

Camina pues Gaspar de Bono con majestuosos pasos por la humilde senda que se ha propuesto. Yo no quiero ahora, señores, recordaros toda la serie de su juventud, hasta el tiempo predestinado por el Altísimo, en que se vió contado entre el número de sus siervos. Queda al cargo de otros oradores que tomen diversa senda de la mia, manifestaros la devoción afec-

tuosa de Gaspar de Bono en su niñez; el ahinco en componer y adornar altares; su compostura en el templo; su misericordia con los pobres; su oración entonces ya frecuente; la inocencia de sus costumbres; su castidad asombrosa; y en fin el exacto y fiel cumplimiento de sus obligaciones, ya como ciudadano, ya como militar. Yo únicamente, ateniéndome á la idea que me he propuesto, debo manifestaros las acciones de su vida en las cuales mas brilló su profundísima humildad.

Y comenzando por la primera de ellas, ¿qué diremos de los primeros ensayos de esta virtud, cuando devotamente arrodillado ante un crucifijo repetía muchas veces, *¡ Señor, Dios verdadero, misericordia!* Como si mas claro dijera: aquí, Señor, teneis en vuestra presencia al que de sí nada de bueno tiene, al frágil, al miserable, al desnudo de toda virtud. Pero vos solo, Señor, podeis ayudarme: de vos han de venir las fuerzas, de vos el auxilio. Una criatura tan miserable como soy yo ¿qué hará, si vuestra misericordia no le asiste? ¿qué pensará, si vuestra bondad le abandona? y ¿qué hablará, si vuestra clemencia no le favorece? Conózceme á mí, Dios mio, y os conozco á vos. Vos sois el que sois; yo fragilidad, miseria, nada.

Cuando al leer la historia de su vida llegué á este paso, confieso ingenuamente, señores, que me sentí penetrado de los sentimientos de ternura y devoción, y que no fué dado á mis ojos el poderse negar al tributo de lágrimas que exige paso tan tierno y devoto. Yo creo, señores, que la misma habrá sido la impresión que ahora en vosotros habrá hecho, los mismos vuestros sentimientos. Sé que no os refiero las amorosas efusiones de un Felipe Neri; la resolución de buscar el martirio de una Teresa; y el prodigio de apagar un incendio de un Simón de Rojas. Pero admiro en Gaspar de Bono una acción, que por ser en su infancia, la juzgo superior á todas las que se cuentan de la niñez de los santos. Yo veo un acto de humillación, que presupone un conocimiento el mas alto de la Divinidad y de las miserias de nuestra naturaleza, al cual suelen llegar los santos despues de largas y profundas meditaciones; y cuando mas fué hecho en un tiempo en que lo exterior y sensible tiene mayor atractivo para nosotros. Dios mio! esta es la víctima que preparais para inmolarla á su tiempo en las aras de la humillación y abatimiento! Francisco de Paula, aquí tienes un tierno arbolito, que plantado en tu campo dará opimos frutos de vir-

tud! Tuyo ha de ser; y así tuyo será el cuidado de conservarle.

Consecuente á estos principios Gaspar de Bono, aunque se halle en la flor de su edad, que es lo mismo que decir en la edad en que suelen reinar la vanidad y presuncion, y en que el deseo de honra lleva tras sí todas nuestras atenciones; en esta edad en que su oracion afectuosa, su continua asistencia á los oficios divinos, sus ayunos rigurosos, sus sangrientas disciplinas, penetrantes cilicios, total retiro del mundo, abnegacion de sí mismo, le podrian hacer concebir alguna estimacion de su persona, é infundirle cierto aire de superioridad sobre sus iguales, entónces es cuando sacrifica Gaspar de Bono á Dios su gusto y propia voluntad, se deja ver en su pobre casa sirviendo con una modestia que no tiene ejemplo á su ciega madre en los oficios mas bajos, ya de componer la cama, ya de limpiar los platos, y ya de barrer la casa. ¡ Dichosa madre, que por tal hijo fuiste servida! Y ¿quién podrá explicar la estimacion que de tu hijo tendrías? Este es mi hijo, diria, que exactamente practica las lecciones de virtud que le he dado. Este es el verdadero israelita, dirian otros, á quien ni los encantos del mundo ni los deleites de la carne han podido apartar de la senda que una vez ha emprendido. No le han podido apartar los compañeros, porque no los tiene: no las diversiones, porque huye de ellas: no las personas de otro sexo, porque no las mira. La humildad es su manjar, y juntamente el preservativo de esta flor tan hermosa. Porque ¿no es la humildad quien le ha conservado intacto el lirio de la pureza? ¿no es esa misma virtud, que entre las obligaciones de militar le llama á los hospitales, para ejercer con los enfermos los mismos oficios que poco há decíamos ejerciera con su madre? Léjos de Gaspar esa presuncion y petulancia que en nuestros jóvenes advertimos, funesto origen de la depravacion de costumbres que en esta edad universalmente reina. Gaspar se acuerda de los santos derechos de sus padres y de la obligacion que con ellos contrajo, y á entrambos satisface. Casado se há con la humildad; y así su ejercicio es el plato mas exquisito que á su gusto se pueda ofrecer. Sin oficio, ó militar, esta es su divisa, este su distintivo; *Gaspar de Bono el humilde.*

Así adornada el alma de Gaspar se presenta á los umbrales de Francisco, para ser admitido en la grande y dilatada casa de su familia. Pone toda su confianza en Dios, persuadido de que

quien le ha inspirado la voluntad, este mismo le proporcionará medios para la ejecucion. No se lisonjea de hallar favorable acogida en los ánimos de aquellos padres, ni por la nobleza de su sangre, porque es pobre; ni por lo esclarecido de su ciencia, porque es iliterato. Aquellos reverendos padres, enseñados en la escuela de su fundador, saben que el devoto humilde es el único que tiene derecho al santo hábito que visten. No hacen mérito para la admision de Gaspar, ni de la vida penitente, ni de la oracion continua, ni de la inocencia de sus costumbres, sino de la humildad, que en el rostro y acciones de Gaspar resplandece. Entónces lisonjeándose de haber hallado la preciosa margarita, entre sentimientos de placer y regocijo, con un estrecho abrazo le admiten en su compañía. ¡ O día señalado en los anales de la historia de la religion mínima! O venturosos vosotros, que con vuestros votos pudisteis contribuir á la admision de Gaspar de Bono! Admision que ha dado á vuestra religion un santo de extraordinaria grandeza, á los claustros un religioso el mas perfecto, á los confesonarios un celoso director y á los conventos un superior prudente. Admision que ha dado á los atribulados un consolador, á los enfermos un médico, y un tutor á los desamparados. Admision en fin que ha causado contento á los ángeles, terror á los abismos, y á la iglesia de Jesucristo honor y triunfo. Seas por eso celebrada; ó religion mínima, de las generaciones presentes y venideras; y tu memoria junto con la de Gaspar sea en los países mas remotos entre mil bendiciones conservada!

Cumplidos así los deseos de Gaspar de Bono, camina con pasos acelerados al monte de la perfeccion; descuella entre sus hermanos como el cedro entre los árboles. Pero yo no digo bien; Gaspar de Bono es entre sus co-religiosos lo que la hiedra entre las plantas. Tomado de nuevo por modelo de todas sus acciones al divino Redentor en su sacrosanta pasion, ¿qué se podia esperar de Gaspar sino humillacion y abatimiento? El hábito que vistes, se diria á sí mismo, es hábito de humildad; y el que en esta virtud no se ejercita, es indigno de vestirle. Las pompas y vanidades allá en el mundo las hemos dejado aquí cruz, abnegacion, y desprecio.

Trasladaos, señores, por un instante al noviciado, y mezclados con los novicios para ver con vuestros propios ojos cuán hermanados andaban la obra y la voluntad. En él no veréis la